

09

Movimiento estudiantil de 1968: consecuencias, silencios y persistencias.

Alejandra Mar González.

El pasado 2 de octubre del presente año se cumplen 57 años de los sucesos en Tlatelolco, conocido como “movimiento del 68”, los cuales ocurrieron en la zona donde está ubicada la plaza de las tres culturas, que dejó una huella imborrable en la historia contemporánea de México, siendo así que marcó un antes y un después.

Estos fueron una serie de movimientos en contra del autoritarismo del Estado Mexicano durante el gobierno de Díaz Ordaz. En ellos participaron estudiantes de nivel medio-superior y superior de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y el Instituto Politécnico Nacional (IPN), así como otras escuelas del entonces Distrito Federal, junto con profesores, profesionales, obreros y otros sectores sociales.



Por mucho tiempo, hablar del 2 de octubre fue un tema tabú en la sociedad; varios medios de comunicación tergiversaron información acerca de los acontecimientos. Sin embargo, el propósito de esta intervención no es analizar el acontecimiento en sí mismo, sino reflexionar sobre las repercusiones que generó en distintos ámbitos.

El movimiento del 68 provocó una ruptura generacional y una crisis de legitimidad del Estado. Durante al menos una década se vivió un revuelo político, cultural y estudiantil que cuestionó el autoritarismo, el modelo de desarrollo y los valores dominantes. Se dio un proceso de radicalización, en especial en las universidades públicas, formando así nuevas organizaciones guerrilleras que llevaron a muchos jóvenes a optar por la vía armada. Surgieron grupos como la Liga Comunista 23 de septiembre, que fueron brutalmente perseguidos.

El Estado respondió con la llamada *Guerra Sucia*, una campaña de desapariciones forzadas, tortura y ejecuciones extrajudiciales contra militantes, estudiantes y campesinos organizados. Esta etapa, que se extendió hasta los años 80, ha sido reconocida como una de las más oscuras en materia de derechos humanos en México.

Pero no todo fueron consecuencias malas. Tras la represión, surgieron espacios culturales —revistas, cine, teatro y colectivos artísticos— que canalizaron el malestar social y sembraron una cultura crítica que resistió la censura y perduró más allá de los años setenta.

Los estudiantes exigían respeto a sus derechos humanos y civiles, así como una serie de reformas universitarias en donde hubiera una participación estudiantil más activa en la toma de decisiones académicas, junto con una educación de calidad y gratuita para todos. Esto trajo consigo una apertura democrática en México, aumentando la participación de más partidos políticos, y la celebración de elecciones más libres; también agregando más democracia y mejora de la educación.



Aunque el Movimiento del 68 marcó profundamente la historia política y social del país, ningún otro movimiento posterior ha logrado replicar su nivel de conciencia política ni su modelo organizativo —sostenida por brigadas estudiantiles autónomas y coordinadas— por lo cual constituyó un modelo cuya potencia transformadora sigue siendo referenciada, pero sin darle una continuidad. Aunque se le conmemora cada año, sus enseñanzas han sido relegadas por estructuras verticales que limitan la participación directa.

Recuperarlas implicaría repensar la democracia desde abajo. Y como remarca José Revueltas en *México 68: Juventud y Revolución*, existen dos vías a las que podemos aspirar: la primera es una de victoria, donde México es un país libre, sano, un espacio donde convergen la respiración consciente, el pensamiento crítico, la creación libre, el estudio riguroso y el amor como práctica cotidiana; y por otro lado, está la vía de la muerte, en donde tendremos candados en la boca, viviendo en la miseria tanto de cuerpo como espíritu, así como varias torturas sin fin. Aquí cabe preguntarse: ¿qué camino queremos seguir?



Durante el proceso de investigación sobre este tema, me encontré con una frase que se repetía con inquietante frecuencia y cuyo contenido me estremeció profundamente: “En esos tiempos, era peor ser estudiante que ser criminal”. Esta afirmación, lejos de ser una exageración, revela el grado de estigmatización que recae sobre la figura del estudiante, percibido no como sujeto de pensamiento crítico, sino como enemigo del Estado. Ser joven, organizado y políticamente activo equivalía a ser una amenaza. Y aunque esta frase remite al contexto del 68, su resonancia persiste: ¿cuántas veces, aún hoy, se asocia al estudiante con la rebeldía, la subversión o el desorden? Esta mirada no sólo deslegitima la protesta, sino que invisibiliza el papel transformador que la juventud ha desempeñado históricamente en la construcción de una sociedad más justa.

A pesar de los años que han pasado, sigue siendo una herida abierta y una fuente de aprendizaje político. Más allá de la represión, dejó un legado de organización democrática, crítica cultural y exigencia de derechos que aún interpela al presente. Recordarlo no es solo un acto de memoria, sino una invitación a recuperar su conciencia colectiva y a repensar el papel del estudiante como agente de transformación social. En tiempos donde la juventud sigue siendo estigmatizada, la pregunta de José Revueltas permanece vigente:

¿qué camino queremos seguir?